

Manipulaciones repudiabiles

Por Jaime Guzmán

En las últimas semanas han arreciado las embestidas de diversos grupos de "izquierda cristiana" u otros proclives al marxismo, para instrumentalizar la próxima visita del Santo Padre a Chile.

Dichas acciones políticas se presentan bajo el aparente propósito de "informar" al Papa sobre nuestra "verdadera realidad" y el "auténtico sentimiento" del pueblo chileno. Todo ello, claro está, según la visión parcial e interesada de dichos sectores.

Se trata, obviamente, de un burdo pretexto. Pero lo importante es calibrar bien los objetivos últimos de esta manobra, a fin de que la opinión pública contribuya a neutralizarla.

Desde luego, la señalada estrategia tiende a aprovechar la amplia cobertura periodística internacional propia de una visita papal, como tribuna propicia para que los aludidos grupos políticos busquen montajes publicitarios en pro de sus consignas hacia el mundo entero.

Sin embargo, lo que pretenden los sectores políticos en cuestión es aún más osado.

Por un lado, se intenta implícitamente desacreditar al Nuncio de Su Santidad en nuestra patria y a los obispos chilenos encargados de la visita papal, como personeros eclesiásticos supuestamente distantes de "los sentimientos y anhelos populares" o de "los cristianos de base". Sólo así se explica que de hecho se desconozca a dichas instancias la ca-



lidad de informantes válidos y objetivos de la realidad nacional frente a la Santa Sede.

Por otra parte, se procura sorprender a esas mismas autoridades eclesiásticas para lograr concesiones de su parte, bajo la presión subyacente que la descrita actitud de esos sectores políticos representa.

Sin duda, la jerarquía de la Iglesia Católica continuará sorteando tales escollos como lo ha realizado hasta ahora y asegurará así el carácter genuinamente pastoral de la visita del Santo Padre.

Asimismo, todos los chilenos podemos colaborar a ello, reforzando una recta disposición ante el peregrinaje pontificio a nuestro suelo.

El Vicario de Cristo viene a Chile a traernos -en forma de signo especial y más directo- el mensaje del Hijo de Dios. Su contenido interpelará necesariamente toda nuestra existencia, incluidas las dimensiones éticas de nuestra convivencia social. Pero la Palabra Divina, de la que el Pontífice es apóstol supremo, trasciende cualquier contingencia y sólo cobra su pleno sentido desde una perspectiva religiosa y sobrenatural que nos proyecta a la eternidad.

Quienes no compartan esta fe, deben al menos respetarla. De ahí que empeñarse en utilizar al Papa como pieza de nuestro juego político interno, en favor de prejuiciadas conveniencias subalternas, resulta francamente repudiable.